

CAPÍTULO XV

El acusado

Fué por fin asestado con firmeza el bien preparado golpe: nuestro iluso boletinista, el quijotesco y sencillo escritor, hijo de honradísimo padre, y no menos honrado él mismo, fué procesado y encarcelado, y compareció ante prevenidos jueces para responder por los delitos de difamación, de injuria y de calumnia.

Con la sencilla entereza que le era habitual dió sus declaraciones, contestó sin arrogancia á las preguntas del juez instructor, reconoció por suyos los boletines que le traían tan á mal traer; agregando, no por disculparse, sino porque así era la verdad, que no había sido su ánimo injuriar á nadie, que se había limitado á ejercer el derecho de opinar sobre asuntos de interés público, que la ley concede á todos los ciudadanos.

Su inflexible acusador opuso á la excepción, invocada por el procesado, las razones que se dijeron en casa de Chávez. Estaba muy satisfecho, había encontrado el medio seguro de probar hasta la evidencia la culpabilidad de Pacotillas, poniendo de manifiesto las pérfidas y malévolas intenciones de éste. No había otro como él para descubrir recursos ingeniosos y pruebas tan notables.

El medio que, en esta vez, tuvo por infalible, fué pedir que citasen al insigne Robles, para que declarara sobre los puntos siguientes: primero, que con el procesado le había unido mucho tiempo la estrecha amistad que

nace en los colegios; segundo, que Robles había colmado al susodicho procesado de halagos, de atenciones, de consideraciones; tercero, que en el seno de la amistad, Robles había manifestado al acusado que aquellos boletines le ofendían; en consecuencia, decía el agente, el acusado no puede disculparse, diciendo que no tuvo intención de ofender, pues á sabiendas ofendía.

Accediendo el juez á lo pedido por el Ministerio Público, citó á Robles, el cual contestó por la afirmativa á las anteriores preguntas; se hizo comparecer al procesado para que declarase sobre las mismas, el cual, sin el menor embaque, confesó ser cierto todo lo que se había asegurado, agregando para ampliar su declaración que tuvo por interesadas las tales atenciones, por lo cual no les dió ninguna importancia; tanto más, cuanto que el señor Robles, después de halagarle, le amenazó, precisamente con lo que le estaba sucediendo; que no creyó digno de un escritor público ceder á halagos ó amenazas, ni creyó tampoco que el señor Robles se ofendiera, supuesto que lo dicho en el boletín no hablaba con el señor Robles, pues éste no desempeñaba más que un cargo confidencial y privado.

Mal iban, pues, los negocios de Pacotillas; el pobre muchacho, á modo de inofensiva mosca, se iba enredando, poco á poco, en la tupida telaraña de la ley. Ya había sido declarado formalmente preso, y era palpable la atmósfera de malevolencia que le rodeaba; llovían sobre su juez los recaditos, las recomendaciones, las instancias, para que aquel asunto caminara al desenlace que se quería.

El pobre juez, mal de su grado, eso sí, porque era muy recto, se veía obligado á ceder ante la fuerza de las circunstancias. Las elecciones se acercaban, él tenía mucha familia, su mujer era muy exigente y él la quería mucho. ¡Cómo exponerse, pues, á desagradar á los poderosos, á no ser reelecto, á privar á su mujer de joyas, á sus hijas de piano y á los *calaveroncitos* de sus hijos del dinero, que tanta falta hace á los mozos para enseñarse á hombres!

Por lo demás, el asunto no valía la pena; poniéndose en lo peor sería cuestión para el acusado de algunos meses de arresto, lo cual no es una gran desgracia; y en el caso de Pacotillas más bien se le haría un servicio condenándole, se le moderaría el carácter y se le proporcionaría una oportunidad de sufrir por sus ideas.

Tan fuertes razones movían al juez á complacer á los acusadores de Pacotillas; multiplicaba las comparencias, prodigaba las diligencias fútiles; como que se trataba de instruir á toda costa un proceso voluminoso, para cerrarlo, como con llave de oro, con luminosa sentencia, que realzara la entereza del juez, su rectitud, su ferviente amor al orden y su celo por el buen nombre de las autoridades.

No cabe describir la ira de don Marcos cuando supo la infausta suerte de su querido boletinista. ¡Válgame Dios! ¡cómo le excitó, le exaltó y enloqueció la ingrata nueva! Si hubiera sabido que Castelar estaba mudo y parálítico, que don Carlos de Borbón se había coronado rey de México, que se había restablecido la Inquisición, que se habían erigido en México cien conventos de ambos sexos

y de todas las órdenes, y que tupidos enjambres de frailes henchían las calles, se habría irritado menos que al saber el atentado de que fué víctima su laborioso boletinista.

Apretó los puños, frunció el sombrío entrecejo, mesó la cabellera cana, clavó en su secretario miradas ígneas y penetrantes, invocó los manes de los mártires de la libertad, y fijó la mirada angustiada en los cuadros que decoraban el salón, como si demandara consejo á los héroes del progreso allí representados; repitió con balbuciente voz aquella pregunta, sacramental en tales casos: «¿Es posible, es posible?» después lanzó aquellas exclamaciones, que también son de rigor: «¡Qué abuso, qué escándalo, qué atropello!» moviendo la cabeza de un lado á otro, y desahogando de mil modos la ira que ardía en su pecho.

Se dejó caer á plomo sobre el sillón que frontero á la mesa había, tomó un plieguito de papel y con nerviosa mano escribió á su querido Paco un billete, en que le exhortaba á no dejarse abatir, y le ofrecía ir á verlo y ayudarlo en todo, haciendo por él lo que haría por un hijo, en caso de tenerlo; aclaración que don Marcos nunca excusaba.

Terminada la afectuosa misiva ordenó que la llevaran á su destino, se puso en pie nerviosamente, calóse el sombrero y salió, después de dar breves órdenes á sus empleados, para cumplir la triste comisión, que, por medio de tercera persona, le encargaba el prisionero: participar á la pobre Amalia aquella desgracia y darle los consuelos que fueran del caso.

Serían las cinco y media de la tarde; en un cielo despejado y puro brillaba, próximo á su ocaso, el amarillento sol de otoño, que tendía el denso haz de sus horizontales y tibios rayos, rozando oblicuamente las fachadas que ven al sur, y acariciándolas, más que hiriéndolas con su luz. Elegantes y rápidos coches, en que iban hermosas damas, recorrían, rumbo al paseo, las calles de San Francisco y Plateros, extraordinariamente animadas por el paso de innumerables transeuntes. Don Marcos, aturdido por sus propias ideas, recorría presuroso aquellas largas y animadas calles, sin ver nada y sin oír nada; más de cuatro veces dejó de saludar antiguos conocidos, más de diez renegó en su interior de los transeuntes que le estorbaban el paso, ó del coche ó tranvía que le obligaban á detenerse.

Al ver tanta, tan desocupada y satisfecha gente, pensaba para sí:—¡Oh, sociedad ociosa é indolente! ¡oh, tupido enjambre de almibarados paseadores, para quienes la vida es una fiesta y una diversión continua!

—¿Cómo pueden estos idiotas,—se preguntaba,—respirar tan á sus anchas y pavonearse tan alegremente, cuando no hay garantías individuales, cuando cualquiera, por la suspicacia de un poderoso, puede ser arrancado á su hogar y á sus afectos, despojado de su libertad y confinado en sombría cárcel, como lo ha sido ese muchacho infeliz?

La importuna oferta de un billete de la lotería, que, metiéndoselo por los ojos, le presentó la flaca y mugrienta mano de una vieja, interrumpió bruscamente el anterior monólogo, que iba tomando ya el gallardo corte de un

período ciceroniano.— ¡Quita allá!—contestó don Marcos secamente, apartando con la suya pulcra, la sucia mano de la vieja; la cual no se dió por vencida y siguió por un rato á don Marcos, diciendo que el número era muy bonito, que el billete que le ofrecía era el último y exhortándole á no despreciar la buena suerte.

Las ideas de don Marcos, habituadas al molde de Castellar, le dictaban mentales frases y silenciosos, aunque muy elocuentes apóstrofes. ¿En dónde está el pueblo? se preguntaba: ¿no le emancipó la sangre de nuestros héroes, no le ilustró la inteligencia de nuestros pensadores, ni le animó ni le galvanizó la voz de nuestros tribunos? ¿En dónde está el pueblo parisiense de 93? ¿En dónde está siquiera el pueblo mexicano de 61?

Y el buen anciano, á influjo de su despecho, sentía renacer en su fatigado espíritu la llama democrática que ardió en él en sus verdes años y que habían apagado los fríos inviernos, y los desengaños más fríos aún. Alucinado por aquel repentino renacer de ideas muertas y de imágenes desvanecidas, figurósele que la descuidada, la fría é imbécil multitud que se codeaba con él, era la muchedumbre ardiente y apasionada que invade sitios reales, que huella lujosos pavimentos, que derriba tronos, quebranta cetros y decapita reyes. Figurósele que él con sus progresistas ideas, con su ardiente amor á la democracia, con su fogoso y tribunicio acento, caldeaba los ánimos populares y que, seguido por el pueblo indómito y omnipotente, iba á derribar la tiranía.

En este punto de su democrática ilusión penetró á la gran plaza. Las torres de Catedral, doradas por el sol

poniente, erguían sus morenas é imponentes masas; la cruz que las remata parecióle á don Marcos el emblema de los siglos medioevales en que el pueblo gemía avasallado, y no hallando venturas en la tierra levantaba la vista á la inmensidad; la maciza piedra que las forma antojósele emblema del régimen feudal, y pensó en las fuertes torres de la Bastilla, arrolladas, como si fueran de alfeñique, por el irresistible empuje del pueblo.

La gran plaza, en cuyo enorme recinto parecían condensarse, como en un foco, los fulgores de una tarde apacible, y en la que se amontonaban y repercutían los varios rumores de la gran ciudad, hirió con tal viveza los sentidos del viejo, que le volvió, mal de su grado, al sentimiento de la realidad; movió pausadamente la cabeza de un lado á otro, como lo hacen todos los que se desencantan, y dijo para sí: «Todo fué un sueño, estamos en México y no en París; no acaba el siglo xviii entre colossal estruendo y deslumbrante gloria, sino que, entre lánguidos bostezos y lleno de cansancio y desilusión, se acerca á su fin el siglo xix. No tenemos reyes, pero sí tiranía; la Bastilla cayó, pero siguen de pie las cárceles amenazando al pensamiento.»

Y al compás de sus tristes ideas moderó el paso, y cansado, como el decrepito siglo xix, atravesó lentamente el jardín; luego penetró en la anchurosa y sucia calle de Meleros, recorrió después la de la Acequia, y consternado y lleno de tristeza, llegó á la calle de Jesús María, en una de cuyas casas y en aseada vivienda, Amalia y Pacotillas, á modo de enamoradas tórtolas, habían hecho su nido en los últimos meses.

La pobre muchacha presentía ya la desgracia que iba á herirla. El día anterior su amante había salido por la mañana muy contento y feliz, no fué á comer, mandó avisar que pasaba el día con un condiscípulo y antiguo amigo; al caer la tarde volvió muy preocupado y abatido, aunque procuró disimularlo; le contó que había comido con Robles, el cual se mostró muy amable con él, que vivía con mucho lujo, tratándose como un príncipe, que poseía una biblioteca magnífica, que la mujer de Robles le había parecido muy buena, aunque mal humorada y orgullosa.

Amalia, con la sagacidad de las mujeres que nos aman, notó, que á pesar de todo, sucedía algo muy grave y que amenazaba á Paco alguna gran calamidad; le interrogó repetidas veces, pero en vano; Pacotillas contestaba invariablemente que nada le había sucedido, como no fuera el haberse fastidiado mucho, pues le repugnaba la ostentación, y le habían cargado las ínfulas de su amigo y empalagado no poco sus excesivas y extemporáneas atenciones.

Ya no salió Pacotillas, Amalia le observaba incesantemente tratando de definir algo vago y alarmante que creía notar en él. Vióle tomar un libro, mas echó de ver que no leía, pues pasó más de un cuarto de hora sin que volteara la página. No cabía duda, algún pensamiento siniestro, alguna imagen negra pesaba en el ánimo de Paco; había tomado el libro para disimular su inquietud, y para no verse obligado á hablar.

Amalia no pudo contenerse ya, arrojó la labor que tenía en las manos, se abrazó al cuello de su amante, y, acari-

ciándole y besándole la frente, le dijo con tierna y suplicante voz:

—¿Qué tienes, vida mía? dímelo.

El joven clavó en ella sus grandes y oscuros ojos de melancólica mirada, y sonriendo y con tono completamente sereno le contestó:

—¡Vaya un empeño, alma mía! No tengo nada, absolutamente nada; — y devolviéndole las caricias, cerró de golpe el libro y se sentó muy pegadito á Amalia, y charló con ella largo rato.

Cenó sin apetito, mas lo atribuyó á que no le sentaron bien los muchos y muy condimentados manjares que le sirvió el Chango. La inquietud de Amalia se distrajo sin calmarse del todo, y renació al advertir que Paco no pudo dormir en toda la noche.

En la mañana del siguiente día le dijo Paco que probablemente no vendría á comer, que sólo lo esperara hasta la una, pues él tal vez comería con Santa-Anna.

—Te estás echando á perder,—le dijo Amalia,—ni ayer ni antier has comido conmigo.

—Te aseguro que si no vengo hoy, será porque me es enteramente imposible.

Amalia creyó notar cierta entonación extraña y cierto misterioso sentido en las palabras de su amante; le pareció que al despedirse de ella había en sus efusiones cariñosas la honda tristeza del que parte para un viaje largo, del que va á arrostrar un peligro, del que se aleja y no sabe cuándo volverá, si es que vuelve.

La joven quedó agobiada por el peso de tan tristes ideas. Al cabo de un rato se esforzó en disiparlas, se empeñó en

convencerse que todo era visión suya, invocando toda su reflexión para arraigar en ella tan consoladora creencia.

—¡Qué visionaria soy! — pensaba, — ¿qué le puede pasar si es tan bueno, á nadie ofende, con nadie se mete, todos le quieren bien? la prueba es que hasta ese fastidioso Robles lo ha buscado, lo ha llevado á su casa, haciéndole muchos halagos y tratándole con mucha consideración.

Comió sin ganas, triste y aburrida, pasó como pudo la interminable tarde; ya empezaba á impacientarse y á alarmarse, cuando oyó que una mano discreta llamaba á la puerta. Fué á abrir, y estuvo á punto de desmayarse de susto cuando se le presentó la correcta, la cortés, la solemne figura de don Marcos.

Todos sus temores renacieron de un golpe; don Marcos nunca la visitaba, era claro que al presentarse en lugar de su amante le traía las más infaustas nuevas. Y en verdad el aspecto del buen señor no podía ser de peor agüero; su traje negro, su gran seriedad, su voz pausada y grave, sus solemnes ademanes le daban todo el aire de mensajero de calamidades.

El incorregible liberal estaba muy turbado, era poco á propósito para misivas cortesanías, para melosos tiquis miquis y para preámbulos rebuscados; se oponían á ello su carácter franco, su lenguaje rudo, su temperamento nervioso, su índole batalladora y hasta su pomposa elocuencia. Estaba, además, muy consternado, y, por más que lo hubiera querido evitar, mostraba el rostro compungido. Le enternecía la idea de hacer sufrir á Amalia con tan terrible nueva, que tal vez la heriría como el

rayo: ¿cómo se compondría para desempeñar airoso su comisión? ¿en qué términos anunciaría tan cruel noticia? le flaqueaban las piernas y se sentía incapaz de articular una sola palabra; si se tratara de interpelar á un ministro ó de acosar á un tirano con apóstrofes é invectivas, fluiría su palabra como un torrente; pero ¿quién sería capaz de atormentar á aquella palomita blanca? ¡Jesús! ¡qué compromiso!

— Buenas tardes, señor, — dijo Amalia contestando al saludo de don Marcos, — pase usted á su casa, ¿qué milagro es éste?

Don Marcos con visible turbación se sentó en un silloncito, Amalia en un confidente. Clavaba el viejo miradas de angustia en la muchacha, se sonaba, tosía, se agitaba en su asiento, denotando en todos sus movientos la indecisión del que no sabe cómo empezar, algo muy grave que tiene que decir. Por último se resolvió.

— ¡Hija mía! conozco que voy á afligir á usted, pero es inevitable; no sé qué deploro más, si el lamentable suceso que le voy á comunicar, ó el dolor que, al saberlo, sufrirá usted. En fin, dejando preámbulos, ármese usted de todo su valor, para saber que nuestro querido Paco ha sido reducido á prisión esta mañana.

La pobre muchacha se inmutaba á medida que don Marcos iba hablando, cuando oyó la fatal nueva su blancura adquirió el tinte pálido de la azucena, alzó los ojos al cielo, y cruzando las manos en actitud patética, limitóse á exclamar:

— ¡Ay, señor! ¡qué desgracia!
— Consuélese usted, hija mía, no será esto cosa de im-

portancia; á lo que alcanzo sólo tratan de intimidar á nuestro Paco y doblegarlo por el terror, ya que nada han conseguido por otros medios. Con su firmeza de carácter, con sus justas censuras, con sus muy fundadas razones, molestaba á esos magnates ensoberbecidos, que no contentos con sacrificar á su insaciable codicia los intereses de la nación, no dejan decir á nadie oste ni moste, y persiguen encarnizadamente al escritor valeroso que da á conocer los abusos y los condena como merecen.

Por más que Amalia procuraba dominar su pena, fué más fuerte que ella; dos lágrimas cristalinas rodaron por sus blancas mejillas, los sollozos la ahogaban, y con voz entrecortada por el llanto exclamó:

— Pero ¿cómo es posible, señor? ¿cómo él no me dijo nada?

— Por no afligir á usted, hija mía, pero el golpe se venía preparando desde hace algunos días; yo advertí varias veces á Téllez que tuviera mucho cuidado, que no fuera á comprometerse; pero él no quiso hacer caso de mis prudentes advertencias.

— Pero, señor, — dijo Amalia reprimiendo el llanto, — si ayer mismo comió con el señor Robles, que fué su compañero, le hizo muchos ofrecimientos y lo trató con mucho cariño.

— Pues precisamente de allí viene el golpe, hija mía; esos ofrecimientos tenían por objeto doblegar la entereza de mi joven amigo, para que abandonara mi periódico; pero como él rechazó enérgicamente las indignas propuestas que se le hacían, el pérfido Robles, herido en su orgullo, tomó la inicua resolución de vengarse del pobre muchacho.

Amalia no pudo contenerse ya, rompió á llorar amargamente; don Marcos estaba de lo más afligido.

—Vamos, hija mía, cálmese usted, consuélase, no llore usted por Dios, no tratan más que de dar un susto á nuestro excelente Paco; aunque quisieran, no le pueden hacer gran cosa, viéndolo bien le hacen un servicio, pues realzan su justa fama y enaltecen su noble carácter. Vamos, niña, no llore usted, ya me va á hacer usted llorar á mí también, y un viejo llorando es muy ridículo. Vamos, niña, serénese usted, vea usted las cosas con calma, esto no puede pasar de algunos días, son gajes del oficio; si viera usted cuánto me han perseguido á mí, y en aquellos tiempos sí era grave la cosa; los tiranos de entonces eran unos tigres, muy capaces de fusilar á un periodista; hoy no, niña, hoy todo es mezquino y ridículo, ya le digo á usted, esto no puede pasar de algunos días. Vamos, hija, consuélase usted, yo tengo muchos y muy buenos amigos, gracias á Dios no me falta dinero; de aquí me voy á buscar un buen abogado que se encargue de la defensa de Téllez, y que se ocupe desde luego en arreglar la libertad bajo fianza; yo depositaré la cantidad que pidan, y verá usted como antes de cuatro días ya le tenemos de vuelta, pero no llore usted más, ¡por Dios!

Y sonóse don Marcos estrepitosamente, tanto por disimular la pena que empezaba á dominarle, como porque sus párpados, humedeciéndose más de lo justo, vertían algún líquido en las cavidades nasales del buen viejo. Mas Amalia no se daba á partido, sino que sorda á las exhortaciones de su consolador, seguía llora que llora y gime que gime.

Aliviada al fin un poco con aquel llanto, dió las gracias á su interlocutor por sus bondades y consuelos, le exhortó á que no desamparase al pobre de Paco, agregando que ella quería verlo y consolarlo.

—Mañana mismo quedará cumplido tan justo deseo, por fortuna no lo incomunicaron; yo también anhelo ver á ese buen amigo, á ese intrépido muchacho, y si usted me lo permite tendré á mucha honra acompañarla.

Amalia aceptó gustosa la invitación, y después que hablaron un rato más sobre aquel triste y fecundo tema de lamentaciones y proyectos, marchóse don Marcos, y para desahogar su indignación profunda y su honda pena, buscó á varios amigos de su temple y de su tiempo, para charlar con ellos sobre aquel execrable abuso.

Volvió á maldecir estos mezquinos tiempos y á ensalzar los grandiosos y heroicos en que floreció su juventud lozana; volvió á deplorar la falta de garantías, volvió á lamentar que los ideales democráticos que el pueblo conquistara, prodigando su sangre generosa, desmostrando indomable brío y desplegando irresistible empuje, se viesan hoy postergados, pisoteados, befados y escarnecidos. «La libertad sucumbe, decía á menudo, y la sociedad con criminal indiferencia lo tolera.»

La nerviosa actividad de don Marcos no se conformó con charlar y decir jermiáticas lamentaciones; obró también, vió á dos abogados peritísimos, que se encargaron de buen grado de la defensa de Pacotillas, aunque declararon con franqueza que le veían mal cariz al negocio.

—No se canse usted, don Marcos, aquí no se trata de aclarar delito ninguno, pues no lo hay ni puede haberlo

en el recto é irreprochable proceder de ese buen muchacho, que antes que castigo merece premio; aquí de lo que se trata es de fastidiarlo y vejarle de cuantos modos sea posible, y desgraciadamente abundan los medios. Va usted á ver cómo nos niegan la libertad bajo fianza; como saben que usted estará dispuesto á depositar el dinero que como garantía se señale, no fijarán ninguna cantidad. En fin, nuestra obligación es hacer todo lo conducente por ese pobre muchacho.

Cerca de las nueve de la noche recogióse don Marcos, cenó de mala gana, y fué tanta su preocupación, que se le olvidó leer á Castelar; su sueño fué inquieto y agitado; soñó con fortalezas sombrías, con cárceles siniestras, con los plomos de Venecia, con las prisiones inquisitoriales. La imagen del prisionero de Chillón tomó en una de sus pesadillas la cara de su boletinista, se le figuró ver á Pacotillas confinado en un calabozo tallado en la roca y atado por gruesa cadena á un gran poste. En la siguiente pesadilla, más horrible aún, contempló al gacetero de Holanda, después creyó que este infeliz era él mismo, y despertó dando un grito pavoroso porque sintió que tres ratas enormes le roían los pies. Lanzó un suspiro de satisfacción al comprender que todo había sido un sueño, y, cambiando de postura en su cómodo y mullido lecho, trató de volverse á dormir.

CAPÍTULO XVI

Reyertas conyugales

Los vengativos planes del Chango se ponían en ejecución á las mil maravillas; en vano los abogados, encargados de la defensa de Pacotillas, pusieron en práctica cuantos medios les sugirió su buen deseo; nada pudieron conseguir; el juez, considerando que el procesado era un muchacho sin arraigo ni hogar constituido legítimamente, y sin profesión conocida, un vago y mal entretenido, no admitió garantía alguna, y negó terminantemente la libertad bajo fianza.

Robles se encontraba, pues, satisfecho en este respecto. Una tarde en que, después de saborear la succulenta comida diaria, había subido á su estudio á divagar un rato y tomar un café delicioso, y hojeaba diversos libros, fué interrumpido en sus cavilaciones por la inesperada visita de Torres.

Era éste aquel famoso gacetillero y cronista de *La Bandera del Progreso*, que á la sombra benéfica de Robles seguía la carrera periodística, haciendo no pocos negocios que ya le iban creando una posición. Trataba al Chango con intimidad, le ayudaba en cuanto era preciso, y el opulento secretario del Ministro no tenía secretos para él. En el grave asunto de Pacotillas, Torres había sido encargado de diversas misiones de confianza, llevaba recaditos al agente y al juez, y era el intermedio entre Robles y los instrumentos de su venganza.